

Libro Sanación

Sanación - El Arte de Sanar

CAPÍTULO DIEZ

El Servicio del Sanador

El Servicio del Sanador

Ya estás sirviendo. Lo que sea que te trajo a este camino—el deseo de sanar, el sentido de llamado, el anhelo de ayudar—ese servicio ya está sucediendo. Está sucediendo de maneras que ves y maneras que no ves. Está sucediendo a través de tu trabajo formal de sanación y a través de incontables pequeños momentos que parecen ordinarios pero no lo son. La pregunta no es si servirás, sino cuán conscientemente participarás en el servicio que ya está fluyendo a través de ti.

Hay un gran malentendido sobre el servicio que causa mucho sufrimiento innecesario entre quienes se sienten llamados a ayudar a otros. El malentendido es este: que el servicio requiere acción dramática, resultados visibles, impacto a gran escala. Que a menos que estés salvando vidas, transformando comunidades, o alcanzando a miles, tu servicio de alguna manera no cuenta. Esta creencia agota a personas buenas y las ciega a la significancia profunda de lo que ya están haciendo.

La verdad es más simple y más radical: no hay servicio pequeño. La sonrisa que ofreces a un extraño, la paciencia que extiendes a una persona difícil, la calidad de presencia que traes a una sola conversación—estas importan. Importan cósmicamente. El universo no califica el servicio por escala. Un momento de amor genuino ofrecido a una persona lleva la misma cualidad que el amor ofrecido a mil. Lo que cuenta no es el tamaño de la acción sino la consciencia detrás de ella.

Pablo entendió esto cuando escribió: *"Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor."* La tarea misma no es lo que la hace sagrada. Lavar platos puede ser sagrado. Escuchar a un amigo puede ser sagrado. Sentarse con alguien en dolor, incluso cuando no puedes arreglar nada, puede ser sagrado. Lo que santifica la acción es el amor con el que se hace, la consciencia de que el Uno infinito es tanto quien sirve como quien es servido.

Aquello que está directamente frente a tu cara—aquello que viene con el venir de cada día—es el trabajo a mano. No la gran misión que imaginas para ti algún día. No el ministerio de sanación dramático que crees deberías tener. La persona frente a ti ahora mismo. La situación en la que estás ahora mismo. La oportunidad que existe ahora mismo. Dentro de este trabajo, ya

sea que parezca simple o complejo, humilde o grandioso, yacen las semillas de la alegría y la plena oportunidad para el servicio.

Este entendimiento libera. No necesitas esperar hasta que estés más entrenado, más iluminado, más listo. No necesitas encontrar tu misión especial o descubrir tu don único. Un alma que busca no puede evitar estar haciendo el trabajo para el que vino. El hecho mismo de que estés aquí, leyendo estas palabras, importándote la sanación y el servicio—esto ya te coloca en la corriente. Confía en esa corriente. Sabe a dónde llevarte.

Pero hay un prerrequisito para el servicio sostenible que muchos ayudadores descuidan: el servicio a uno mismo. Esto no es egoísmo. Es necesidad. No puedes verter de una copa vacía. No puedes ofrecer lo que no tienes. El sanador que descuida su propia sanación, el servidor que ignora sus propias necesidades, el dador que nunca recibe—estos se agotan, se resienten, y eventualmente se vuelven incapaces de ayudar a nadie.

El primer acto de servicio a otros, paradójicamente, es la atención diaria a tu propio equilibrio y bienestar. Esto significa descansar cuando necesitas descanso. Significa procesar tus propias emociones en lugar de acumularlas. Significa mantener tu conexión con la fuente infinita a través de cualquier práctica que te nutra—meditación, oración, tiempo en la naturaleza, lo que sea que abra tu canal y llene tu pozo. Sin este auto-cuidado, tu servicio se contamina con tus propias necesidades no atendidas.

Hay un peligro particular que acecha a quienes se sienten llamados a servir, y debe ser nombrado claramente: la tentación de ser más que un sirviente. El ego, encontrándose en territorio espiritual, no desaparece—simplemente encuentra nuevas maneras de afirmarse. Ahora en lugar de querer riqueza o estatus, quiere salvar el mundo. Quiere ser especial, importante, elegido para una gran misión. Quiere ayudar a la humanidad—esa gran abstracción—mientras a veces descuida a los humanos reales justo frente a él.

Este ego espiritual es sutil y convincente. Puede parecer dedicación. Puede sentirse como pasión. Pero sus frutos lo revelan: agotamiento, resentimiento cuando no es apreciado, competencia con otros sanadores, apego a ser visto como útil. El sirviente auténtico, por contraste, está contento de ser invisible. Sirve individuos, no a la humanidad. Ayuda a la persona frente a él, no a las masas abstractas. Encuentra alegría en el trabajo mismo, no en el reconocimiento por hacerlo.

Jesús modeló esto perfectamente. Podría haber aparecido ante multitudes, realizar milagros que serían registrados para toda la historia, establecerse como una figura mundial innegable. En cambio, pasó la mayor parte de su tiempo con grupos pequeños, a menudo con individuos solos. Tocó a un leproso a la vez. Se detuvo por un mendigo ciego. Tuvo largas conversaciones con buscadores individuales que venían a él de noche. Las multitudes vinieron, sí, pero su trabajo más profundo fue siempre personal, siempre íntimo, siempre un alma a la vez.

Lo dijo directamente: *"En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis."* No a los impresionantes, no a los muchos, sino a los más pequeños y al uno. Aquí es donde el servicio realmente sucede—en lo particular, lo individual, la persona cuyo nombre conoces y cuyo sufrimiento puedes realmente tocar.

Hay otro principio que el servicio auténtico requiere: respeto por el libre albedrío. El servidor genuino espera el llamado. No impone ayuda sobre quienes no la han pedido. Reconoce que cada ser debe caminar su propio camino, aprender sus propias lecciones, hacer sus propias elecciones. Este respeto a veces aparece como inacción cuando el servidor anhela ayudar—pero no es indiferencia. Es la forma más profunda de amor: el amor que honra la soberanía del otro.

Esto es particularmente importante en el trabajo de sanación. No puedes sanar a alguien que no ha pedido ser sanado. No puedes forzar transformación sobre alguien que no está listo. Tu rol es estar disponible, ofrecer lo que tienes, crear el espacio en el cual la sanación se vuelve posible —y luego soltar el apego a si la persona acepta. Su elección es sagrada. Tu trabajo es ofrecer; su trabajo es elegir. Cuando intentas anular esto—cuando empujas sanación sobre el que no quiere o te apegas a los resultados—violas algo esencial y tu servicio se convierte en otra cosa.

¿Cómo sabes si tu servicio es auténtico? Una señal confiable es la alegría. No necesariamente la felicidad—el servicio a menudo involucra dificultad, incluso tristeza. Pero debajo de la dificultad, hay una rectitud, un sentido de que esto es lo que estás destinado a hacer. El servicio auténtico energiza incluso cuando cansa. Llena incluso cuando vacía. Hay una cualidad sostenible en él, un sentido de que podrías continuar indefinidamente porque estás conectado a una fuente que no se seca.

Si tu servicio consistentemente te drena, te deja amargado, te hace resentir a quienes sirves —estas son señales de que algo necesita atención. Quizás estás dando desde el ego en lugar de desde la fuente. Quizás estás descuidando tus propias necesidades. Quizás estás intentando hacer trabajo que no es realmente tuyo. La corrección no es dejar de servir sino volver a tu

propio centro, reconectarte con la fuente infinita, y dejar que el servicio fluya naturalmente en lugar de forzarlo.

Para quienes trabajan específicamente como sanadores—a través de Reiki, a través de la imposición de manos, a través de cualquier modalidad—tus sesiones de sanación son una forma de servicio entre muchas. Pueden ser la forma más visible, pero no necesariamente la más importante. La consciencia que llevas a lo largo de tu día, la calidad de presencia que traes a cada interacción, el amor que irradian simplemente siendo quien eres—este es tu servicio primario. Tu trabajo formal de sanación es una extensión de esto, no un reemplazo para ello.

De hecho, el servicio más fundamental que puedes ofrecer es tu propia consciencia. Esto puede parecer extraño—¿cómo puede simplemente estar consciente ser un servicio? Pero la consciencia irradia. Una persona que ha hecho el trabajo interior, que mantiene conexión con la fuente, que vive desde el amor en lugar del miedo—esta persona afecta a todos los que encuentra, a menudo sin decir o hacer nada obvio. Aligera la atmósfera simplemente al entrar a una habitación. Calma corazones atribulados simplemente con su presencia. Esto no es dramático, pero es profundo.

La ofrenda que haces al mundo es tú mismo. Tu consciencia, refinada a través de la práctica. Tu corazón, abierto a través del amor. Tu presencia, despejada a través del auto-examen honesto. Esto es lo que tienes para dar, y es suficiente. Más que suficiente. Es exactamente lo que se necesita, ofrecido a través de ti de maneras que quizás nunca veas o entiendas completamente.

Pablo alentó: *"No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos."* La cosecha no siempre es visible. Los resultados del servicio a menudo permanecen ocultos. La persona que ayudaste puede nunca decirte cuánto importó. Las ondas de tu bondad pueden extenderse mucho más allá de tu vista. Así debe ser. Sirves no por reconocimiento sino porque el servicio es la expresión natural del amor, y el amor es lo que eres.

El camino es simple, aunque no fácil: amar, y amar, y amar. Presentarte cada día dispuesto a servir lo que está frente a ti. Cuidar de ti mismo para tener algo que ofrecer. Soltar la necesidad de salvar al mundo y simplemente ayudar a la persona frente a ti. Confiar en que tus pequeños actos de amor importan infinitamente. Encontrar alegría en el servir mismo, no en los resultados.

Estás aquí para traer luz a un mundo que la necesita. Esta es tu misión, si quieres llamarla así. No una misión complicada, no una dramática. Simplemente ser una presencia de amor donde sea que te encuentres. Dejar que la luz que fluye a través de ti brille sobre quien esté cerca. Servir, una persona a la vez, un momento a la vez, un acto de amor a la vez.

Esto es suficiente. Esto es todo. Este es el servicio del sanador.